

PERÚ... SOLUCION (*)

Jorge Basadre Grohmann

La costa del Perú es, sobre todo, un arenal. Es un mar al revés, el antimar. Manos de gigantes se llenaron varias veces para sembrar en edades mitológicas la tierra allí. Asambleas de cerros pueblan esta inmensidad. Algunos de estos cerros semejan rostros desfigurados; otros, puños amenazantes; otros, lomos de gigantescos animales que dormitan. Tras la verja de los cerros las nubes aguaitan a veces el paisaje muerto.

Antaño, el paso del hombre por estas pampas fue hazañoso e intermitente. Hoy comienzan a surcarlas automóviles y camiones. Aún más, sobre ellas vuelan periódicamente los aeroplanos. Son los aeroplanos la ironía del hombre sobre la naturaleza antes invencible o penosa. Desde ellos, se ve con un tamaño de juguete a cimas y barrancos que nadie pudo escudriñar antes. Por ellos, se vuelven de minutos los viajes que antes demoraron días y días penosos. La pampa, vista desde arriba, ya no parece sino humorísticamente una dormida calva que insectos hacendosos recorren constantemente.

Los valles son en la costa islas verdes rodeadas por la inmensidad amarilla. Tomemos como ejemplo de valle costero, al de Ica. Por sus dunas donde se busca el camello, Ica semeja al África; por sus vinos, sus uvas, sus duraznos, sus manzanas, sus naranjas recuerdan a las costas jocosas y musicales de Italia: sus lagunas lerdas tienen algo de las de Suiza. La tierra es allí como una mujer sensual que supiera vibrar pródigamente al requerimiento del amor. Tierra con senos fecundos de madre joven, tierra pagana llena de pámpanos, tierra alegre por el sol y por el vino. Aun con riego escaso o nulo, uno de sus productos más valiosos, el algodón, resiste y produce. Perforaciones de pozos tubulares han revelado que en ciertas zonas, aún más allá de los cuarenta metros de profundidad, se encuentran terrenos arcillosos aptos para el cultivo. Hay un contraste simbólico entre las reducidas cantidades para el regadío y la importancia de las plantaciones existentes. . . .

Todo lo anterior puede reducirse a símbolos. Lo dicho sobre la pampa costera puede extenderse a las cordilleras y punas. Lo dicho sobre el valle iqueño, repetirse con pequeñas variantes, para otros valles costeros o serranos. Es decir, en el Perú entero la superación de las distancias y de los obstáculos que antes parecieron invencibles. Y de otro lado, la existencia de riquezas latentes y alcanzables. En suma, el Perú, también geográficamente y económicamente, como problema y como posibilidad.

LAS RAZONES PARA DUDAR

Pero hoy más que nunca se duda del Perú y se teme por su porvenir. Taras, culpas y errores hacen incrementar los factores de disociación y de integración. Carecemos de victorias y de grandes hombres. Las estatuas de los mejores podrían empezar con torsos robustos esculpidos por finos cinceles, concluidos luego rudamente, a machetazos. Lo más grande que tuvimos se llamó sucesivamente Santa Cruz, Castilla o Piérola, y esos tres hombres murieron apartados y aislados. Nuestra historia es propicia a dos clases de sugerencias literarias: la del panfleto o de la novela de aventuras. El territorio peruano ha sido recortado por la obra de la violencia o de la transacción. Las inmensas riquezas del oro y la plata coloniales, el guano y el salitre de la primera república, el petróleo y el cobre actuales no han servido de mucho. Nuestra hacienda está empeñada. Elementos no ya fusionados- lo que sería imposible y tal vez inconveniente- sino carentes aun de la mera armonización forman nuestra realidad sociológica.

El país no marcha en una dirección ya fijada sino oscila entre la dictadura y la anarquía, entre la atonía y el estallido. A pesar de las enseñanzas profundas del pasado seguimos con la femenina entrega al caudillaje. Rondando esta la amenaza de una resurrección del peor tipo de caudillaje militar que si antaño sirvió de única oportunidad para romper con la infer-estructura colonial en la vida del país, llevando a indios y a mestizos al poder y los honores y desplazando a la oligarquía, hoy resulta utilizado por ella para apuntalar sus privilegios en peligro. El separatismo, el indigenismo puro y anticivilizado, el antilimeñismo y el limeñismo envidiosos, pedante y ensimismado, todo lo que hay de aldeano y de lugareño aquí, envenenan más nuestra vida estrecha. Las minorías intelectuales han sido en gran parte orgullosas y egoístas y las masas no las han respetado ni seguido. Agrégase a ello el “complejo de inferioridad”, tan distinto, por ejemplo, a la vanidad argentina o al orgullo chileno, “complejo” que lleva al ausentismo de muchos, mal endémico cuyo exponente es la frase “Éste es un país imposible”. La influencia extranjera poderosa mediante la penetración económica es otro factor de disociación en cuanto implique absorción. Y la permeabilidad y blandura, fáciles en el carácter peruano preponderante, pueden favorecer esa absorción. Síntoma reciente y evidente de que el Estado peruano marcha mal es el abandono total de Tacna, tan pobre, tan triste, inmediatamente después de haber sido recuperada, a pesar de los quintales de literatura y de los millones de soles que se gastó en su honor cuando era “la cautiva por Chile”. Allí está patéticamente comprobada la incapacidad del Estado para abordar los problemas nacionales.

BALANCE FINAL

Pero a pesar de todo, surge la esperanza al comparar los estratos sociales que convivían en el Perú al comenzar la república con los estratos sociales del Perú actual. Acaso sólo en el hecho de la perdurabilidad del Perú se pueda fundar una deducción optimista. Porque primero vino la anarquía militar, luego la crisis económica y financiera que llegó hasta la bancarrota, en seguida el desastre internacional, para surgir después once años de “dictadura organizadora”. Y el Perú, con todos estos males y sus amenazas coincidentes, ha sobrevivido como si su mensaje aún no estuviese liquidado, como si llevase consigo una inmensa predestinación.

No ha habido integración en los estratos sociales pero sí una marcha hacia esa integración.

De las supervivencias precoloniales estudiadas anteriormente, subsiste sobre todo la comunidad indígena, a la que dirigen ya miradas atentas, en contraste con la ignorancia o la agresividad de antes. No hay conocimiento, reglamentación o utilización de ellas como durante el señorío de los incas; urge al servicio de la justicia social mediante su conversión en cooperativas de producción y de consumo.

Las supervivencias coloniales no han desaparecido pero han sufrido bastantes atenuaciones. Ya no prima la nobleza antigua sino una alta burguesía a base de dinero con o sin estirpe, rompiéndose aunque sea imperfectamente la rigidez de otrora. El indio ha alcanzado, es cierto que en casos demasiado raros, la ascensión social, al principio por el predominio militarista, más tarde por la educación universitaria o por la acción política; claro es que quedan varios miles de analfabetos en los cuales hay por cierto muchas capacidades larvadas. Los negros no son ya esclavos y han sido reemplazados, en parte, por los chinos, acentuándose la heterogeneidad étnica; ya dijo el poeta que aquí se juntan todas las razas “como oscuros crisoles en el universal anhelo de algo nuevo”.

Hay más supervivencias coloniales, también de poder decreciente. El clero sigue con una gran influencia dentro del Estado y de la nación; pero ha ido perdiendo inexorablemente esos privilegios así como su influencia privada, caso análogo a lo que está ocurriendo en España. Persiste el centralismo y acaso se ha acentuado, por los progresos industriales, el aumento de

los medios de comunicación, el desenvolvimiento del rol del Estado; pero el hecho más interesante de la reciente historia peruana es la subversión de las provincias contra Lima, señal de una nueva conciencia que adviene. . . .

Ha cambiado, pues, el panorama de la emancipación, en el cual yanquis e ingleses eran seres exóticos, había exclusivo contacto con España y Francia y el país vivía más autónoma y atrasadamente. Por otra parte, disminuyen rencores y prejuicios contra los vecinos, inclusive la purulenta llaga del conflicto peruano- chileno que durante tanto tiempo pareció incurable y cuya liquidación tocó, como un castigo providencial, al mismo político que en el Perú la había enconado más. Crece, pues, el nacionalismo continental.

La acción doctrinaria camina hacia la superación de los vacíos que otrora tuvo y que ya han sido revisados en otras páginas. Se regresa a la inquietud ideológica pero acentuándose dentro de ella el miraje social. Tiéndase, a pesar del confusionismo creado por la exaltación sectaria o por la avidez del poder, a soñar en un Estado hecho por y para la nación, sobre las ruinas del Estado hecho a expensas y sobre la nación. La agitación ideológica, lejos de concentrarse en Lima, actúa también desde las provincias. . . .

En el plano social y político, se ve la marea ascendente de las clases medias y populares. Irrumpen ellas en forma confusa con Piérola y su oleaje es detenido por la oligarquía (1874-1909). Renacen con Billinghurst dentro de un acentuado humor demagógico (1912-13). Después de este éxito fugaz, reaparecen con Leguía (1919) si bien no hacen sino formar, al lado de un absorbente caudillaje, una nueva oligarquía. Hoy, se conglomeran dentro de las llamadas izquierdas. . . .

Abundan, pues, el augurio, el indicio, la tarea recién iniciada. A pesar de eso, a menudo vacilamos y renegamos. Con el desdén, la ira o la burla golpeamos entonces al Perú, exasperados o aburridos ante sus convulsiones que acaso sólo son anuncios de una forja y ante sus taras que deber nuestro es disminuir o evitar. Olvidamos entonces que los más altos destinos de la historia se han cumplido orillando abismos y que la gloria verdadera no nace sino del maridaje del esfuerzo y del dolor.

* *Del libro "Jorge Basadre. Memoria y Destino del Perú. Textos Esenciales"*